



Asesoramiento filosófico: la delgada línea entre el academicismo y la autoayuda

Federico Emmanuel Mana

UNMDP

Introducción

¿De qué se trata el asesoramiento filosófico? Por su propia impronta filosófica encontrar una definición acabada del mismo se hace un tanto difuso ya que existen tantas visiones como pensadores que se dedican a esto. No obstante, podemos delimitar la disciplina como aquella práctica que busca, desde la acción reflexiva, resolver diversas problemáticas. El asesoramiento, orientación, *counselling* o consejería (según como se le quiera llamar) se ve a sí mismo como un heredero directo del método socrático y un recuperador de la filosofía griega como arte de vivir.

Así pues, estamos inmersos en una filosofía práctica que tiene diversas variables, aunque en este trabajo haremos hincapié en la faceta más dialogada entre dos individuos: el asesor y el "cliente". La lógica de base en esta relación es la siguiente: un sujeto tiene un problema, se acerca al consejero y juntos intentan encontrar una manera de resolverlo. En realidad, el rol del asesor es más bien otorgar las herramientas necesarias a su interlocutor para que este pueda por sí mismo alcanzar tal resolución a través de la pregunta que lo lleve a tomar otras perspectivas y tomar una visión un tanto más objetiva acerca de lo que le acontece.

Es en este punto en donde el asesoramiento puede llegar a confundirse con la psicoterapia o el psicoanálisis; al fin y al cabo se trata de una persona que acude con un problema, consulta a un especialista y ambos buscan resolverlo mediante el diálogo y la reflexión. Sin embargo, quizás la diferencia radica en el origen mismo: para el asesoramiento no hay "enfermedades" que curar, no hay un concepto de "normalidad" al cual arribar, hay circunstancias, interpretaciones y cuestiones para deconstruir.

Ahora bien, no sólo es el riesgo de confundirse con la psicología (o pretender usurpar su lugar) si no también el de caer en los márgenes de la autoayuda o el antiacademicismo. De hecho, dentro del ámbito académico suele verse como una rama "bastarda" que se ha apartado del camino de la razón, convirtiéndose en una hija dilecta del posmodernismo. Si bien es cierto que puede comenzarse el asesoramiento desde la visión del sujeto fragmentado (la razón cartesiana se ve atravesada por las prácticas sociales), está bajo la amenaza constante de perder su sustento académico, reduciendo la filosofía a frases hechas y recayendo en un espiritualismo que mezcla un poco de cada corriente, en una suerte de cóctel con retazos de Confucio, de taoísmo, epicureísmo y platonismo entre otros.

Así pues, el presente trabajo pretenderá presentar brevemente al asesoramiento filosófico como una disciplina de enorme potencialidad para reinventar una filosofía que se ve desplazada hacia el ámbito puramente universitario, que marca una diferencia esencial con las psicoterapias y que, a su vez, evita caer en el simplismo acudiendo a categorías filosóficas argumentadas y analizadas como lo son, por caso, la fenomenología

de Edmund Husserl y el proyecto de autonomía basado en el imaginario radical al entender de Cornelius Castoriadis.

Un poco de historia

Pretender rastrear los orígenes de la orientación filosófica puede ser algo impreciso, sobre todo si tenemos en cuenta que tal disciplina se ve a sí misma como heredera directa de la filosofía antigua, encontrando en Sócrates su punto de partida. La expresión "*una vida sin reflexión no merece la pena ser vivida*" puede catalogarse como el lema central del asesoramiento que a su vez se apropia del método del maestro de Platón para aplicarlo constantemente. Claro está que en Grecia y el mundo antiguo hubo otras escuelas que hacían de la filosofía una práctica para la vida, como los epicúreos, los cínicos, los estoicos e incluso los neoplatónicos.

Sin embargo, como disciplina particular que rompe en determinada forma con el academicismo y que se postula como una recuperación de aquellos valores, debemos marcar a la disciplina como una hija directa de la filosofía contemporánea que, en tiempos históricos, recién está comenzando a dar sus primeros pasos. En su texto *Introducción al asesoramiento y la orientación filosófica*, el filósofo español José Barrientos Rastrojo realiza un detallado análisis de su surgimiento así como también de aquellos pensadores quienes formularon las primeras teorías al respecto.

Como bien apunta Barrientos, los primeros trabajos sobre orientación filosófica tal cual la entendemos los podemos encontrar a finales de la década del '60 en Holanda con John van Veen. En estos gérmenes también podemos incluir a los estadounidenses Sharkey y Koestembaum, como así también al ingeniero Hersh quien escribió uno de los primeros artículos donde se hablaba de "filósofo consejero". No obstante ello el origen "oficial" se da en Alemania en 1981 de la mano de Gerd Achenbach y la apertura de "la primera consulta de filosofía reconocida" (Barrientos, 2005, p 20). Achenbach funda a su vez la Asociación Alemana para la Práctica Filosófica llevando adelante así no sólo una fase teórica (con la publicación de trabajos y la formación de nuevos orientadores) si no además una fase de índole práctica, solventada más que nada sobre el ejercicio y el desarrollo de la consulta filosófica.

Con este autor alemán se dio inicio a su rápida difusión con la llegada de sus textos a Holanda, Israel, Canadá, Estados Unidos, Francia, España, África y Argentina entre otros países. Claro está que no en todos los lugares ha impactado ni se ha desarrollado de la misma manera. Podemos decir que es en América del Norte y en la Europa continental (más que nada España y Alemania) donde más ha impactado y donde encontramos más proliferación editorial, como así también mayor número de consultas.

De esta manera, han surgido diversos referentes del asesoramiento que, por la heterogeneidad de esta rama, no comparten una visión hegemónica al respecto. Además de Achenbach encontramos a Lou Marinoff (uno de los orientadores de mayor fama mundial gracias a su libro *Más Platón y menos Prozac*), Schlomit Schuster, Peter Raabe, Ran Lahav, Roxana Kreimer, entre otros. Como se podrá observar todos estos orientadores son contemporáneos e incluso, algo no muy frecuente cuando de referentes filosóficos se trata, están vivos.

Ahora bien, a pesar de sus continuas interacciones en congresos y revistas, de la fundación por parte de cada uno de diversas asociaciones, como dijimos con anterioridad, no se comparte una definición única acerca de qué es el asesoramiento, la consejería, la

orientación o el *counselling* ya que, como se ve, ni siquiera hay un nombre que la defina globalmente. Incluso, en esta relación bipartita entre consultante y consultor también existen diversos nombres. Están quienes hablan de “cliente”, de “paciente”, de “consultante” o también los que llegan a hablar de “amigo” como hace Schuster quien en todo momento reivindica la figura de la amistad para llevar adelante la orientación.

De todas maneras, más allá de las lógicas diferencias (recordemos que estamos tratando sobre una disciplina en ciernes y que aún resta por transitar un largo camino), podemos extraer algunos puntos en común que delimitan en cierta forma las funciones y principales características de la disciplina, a saber:

“Terapia para cuerdos”

Aunque algunos prefieran evitar la palabra “terapia”, todos están de acuerdo en afirmar que la orientación filosófica no trata con enfermedades ni con gente enferma, si no con problemas. ¿Esto qué significa? Que aquella persona que presenta una cuestión por resolver no es necesariamente un “anormal” ni sufre de ninguna circunstancia digna de ser catalogada con alguna categoría que posea el sufijo “patía”. Es una “terapia para cuerdos” al decir de Marinoff.

Aquí no se buscará la normalidad, ni la simetría con estándares prescriptos por el DSM (Manual de Diagnóstico y Estadístico de Enfermedades Mentales cuya última edición presenta más de 300 trastornos) De lo que se trata es más bien de tratar al otro como un igual, sin juegos de poder, que tiene un problema que no está pudiendo resolver por sí mismo y que requiere de herramientas para hacerlo. Así se llegará a niveles máximos o mínimos pero nunca a lo “normal” por ser esta una categoría ficcional y por demás excluyente.

Por supuesto que esto no significa que se nieguen patologías mentales ni que el asesoramiento se crea capaz de solucionar todos los problemas; de hecho se recomienda tener la preparación suficiente como para derivar aquellos casos que exceden la ayuda que una persona formada en filosofía puede brindar. La cuestión pues, no radica en negar la psiquiatría ni las psicoterapias, sino en evitar subsumir a la totalidad de la población a conceptos y taxonomías que niegan su individualidad y le quitan “estatus de sanidad” aleatoria e innecesariamente.

Diferencias con la psicología

Aunque existan autores que rechazan de plano la relación con la psicología y las terapias que de ella surgen y haya otros que llevan adelante teorías y prácticas que las vuelven complementarias, el consenso acerca de la distinción es exhaustivo: mientras que ciertas ramas de la psicología “trabajan” con el inconsciente, el asesoramiento filosófico lo hace con el consciente.

Desde ya no se niega el inconsciente, si no que se pone foco en que no hace falta resolver todos los problemas desde allí ya que muchos de ellos no están generados por alguna falencia en nuestra niñez o por algún deseo oculto, si no más bien por errores de percepción, falencias de razonamientos, choque de creencias instituidas o pensamientos equivocados. Se debe reflexionar sobre aquello que controlamos nosotros mismos y esto no es con ánimos de restituir la razón pura ni sanar el cogito herido por Freud, Marx y Nietzsche. En el punto en el que se hace hincapié es en la capacidad efectiva que tenemos

los seres humanos de resolver por nuestros propios medios conflictos que no acaecen por factores externos, si no por acontecimientos propios. La autorreflexión llevará a la autonomía no sólo al entender kantiano moderno si no también desde la visión de Castoriadis.

En este sentido, varios son los autores que coinciden en indicar que más que el psicoanálisis, la corriente que más se puede asociar y complementar con la orientación es la terapia cognitiva por su capacidad de resolución, o intento de, a partir de problemas puntuales aquí y ahora mediante la aplicación de prácticas específicas. Si lo que preocupa es la ansiedad surgida previa a los exámenes, un terapeuta cognitivo buscará que su paciente sea capaz de desarrollar técnicas que mitiguen la misma soslayando los pensamientos automáticos que surgen y minimizando los síntomas que impiden rendir. No buscará el origen en algún recuerdo perdido, hará foco en la situación a superar. La filosofía puede complementarse aquí e indagar los presupuestos que llevan a convertir los exámenes en situaciones ansiógenas, por ejemplo.

No obstante, uno de los riesgos que suelen tomar algunos asesores filosóficos, más que nada a la hora de escribir sus teorías, es la de hablar sobre psicología desde un conocimiento parcial de la misma. Con esto no se quiere decir que sólo los licenciados en psicología pueden hacer críticas, si no que antes de “tirar bombas” para socavar las bases del psicoanálisis cabe al menos la consulta con algún especialista a fin de poner en duda los propios supuestos.

Por último, otro de los puntos de conexión/diferenciación que existen se da con la logoterapia de Víctor Frankl ya que su búsqueda principal es la búsqueda de sentido que sea capaz de mitigar el vacío existencial. Será entonces en esta pregunta por el sentido de las cosas y de la vida donde la orientación también tiene su espacio de trabajo, junto por supuesto con la cuestión del “vacío” que se puede abordar filosóficamente desde diversos puntos y pensadores como por ejemplo Alain Badiou.

Los límites del asesoramiento

En cuanto a los límites que plantea el asesoramiento podemos encontrar, en primera instancia, la cuestión del alcance y la capacidad del orientador a la hora de relacionarse con un consultante. Aunque sea vicio de muchos, el filósofo debe reconocer que no es un “todólogo” y que existen infinidad de campos en los cuales su estudio y su preparación no otorgan las herramientas adecuadas para abordar ciertas problemáticas. No obstante, si se retoma la ignorancia socrática, se podrá ayudar en muchos aspectos no ya desde la sabiduría concreta sobre un tema, si no más bien desde la posibilidad de percibir estructuras formales que están por debajo y que son factibles de ver y analizar filosóficamente.

Ahora bien, aunque el asesoramiento se diferencie de la psiquiatría e incluso llegue a criticar el excesivo celo clínico que existe en la actualidad, donde la mayoría de los conflictos parecieran solucionarse con una medicación adecuada, desde ningún punto de vista se niega la existencia de casos que requieran de un tratamiento médico.

Así pues, podemos trazar junto con Marinoff la diferencia entre “malestar” y “trastorno”. El primer concepto hace referencia al conflicto cotidiano que ha de convertirse en la materia con la que trabaja el orientador, mientras que por “trastorno” deberemos entender aquel padecimiento producto de alguna alteración física o biológica. Un malestar no nace necesariamente de un trastorno físico ni deviene en él. Así como un dilema ético

no se resuelve con kinesiología, un esguince de tobillo no se cura con reflexión moral.

Aquí radica entonces la capacidad que debe tener quien se dedique al asesoramiento para analizar el origen del problema, encontrando el punto medio entre la negación de la medicina y la sintomatización de todos los conflictos. Incluso hay autores que afirman que llevar adelante tanto un tratamiento médico como consultas filosóficas ante algún problema de salud grave resulta positivo para las personas afectadas.

No obstante, otra de las fronteras que esta disciplina no debe traspasar es la pérdida de rigor académico, es decir, la caída en facilismos conceptuales que vacían de contenido a la orientación en pos de recetas fáciles que lleven a la autosuperación. Es una tentación muy grande tomar categorías aisladas de diferentes corrientes, sean occidentales, orientales, antiguas, medievales, modernas o contemporáneas y confeccionar un sistema cuasi mágico de palabras agraciadas y frases reveladoras pero carentes de una estructura firme lo que no hace más que convertir todo este esfuerzo en un subproducto más de la cultura kitsch.

De tal forma, atravesados por los avatares posmodernos, la posibilidad de confeccionar un discurso que respete sus normas y explote categorías difusas como "espíritu", "energía", "vibraciones", etc., en búsqueda del éxito económico se presenta por momentos como una salida rápida para mitigar el vacío laboral al cual se ve sometido la filosofía.

En este sentido, de lo que se trata es de evitar caer en esta situación, no por cuestiones de prejuicio, si no porque el asesoramiento servirá como tal sólo basado en la rigurosidad y la reflexión profunda que provee la práctica filosófica entendida como teórica e interpeladora. Podemos afirmar que el orientador entonces ha de buscar el punto medio entre este "facilismo" y el academicismo extremo que no hace más que encerrar los conceptos dentro de la investigación universitaria, confinando al filósofo a un mundo aislado con nulo contacto con la sociedad.

Para conseguir semejante equilibrio habrá que llevar adelante una lectura seria de la filosofía y llevar sus categorías al plano de la orientación en un trabajo sintético, donde el filósofo no sólo lee y repite, si no que además produce nuevo conocimiento para aplicarlo en un contexto específico. A manera de ejemplo veremos a continuación cómo la fenomenología de Husserl y algunas categorías de Castoriadis pueden cumplir con este cometido.

La fenomenología en el asesoramiento

Podemos afirmar que uno de los principios de la filosofía del primer Husserl es la búsqueda de la rigurosidad científica mediante la recuperación de la duda cartesiana. Cuando no se duda de las cosas que se tienen alrededor, se las toma como dadas y por ende no se las analiza a fondo, creándose prejuicios del entendimiento, creencias, que truncan el acceso a la verdad. Tal actitud es, para Husserl, la actitud natural del hombre. El hecho de que sea "natural" radica en que es una actitud cotidiana, que realizamos a diario en nuestra vida, en nuestro contacto con los demás sujetos, en nuestro desenvolvimiento con las cosas que nos rodean.

Así pues, para construir las bases del conocimiento científico-filosófico hay que eliminar todo prejuicio, encontrar lo indubitable de las cosas a nuestro alrededor para, a la manera de Descartes, encontrar un punto de apoyo consistente. En palabras de Husserl:

En cuanto tal, la filosofía requiere una crítica universal y absoluta, que a su vez tiene que empezar por crearse un universo de absoluta exención de prejuicios, absteniéndose de tomar toda posición que dé de antemano la existencia de cualquier realidad. Esto es lo que logra la universalidad de la experiencia y descripción trascendental, al inhibir el “prejuicio” de la experiencia del mundo que se desliza sin ser notado a través de toda actitud natural... (Husserl, 1996, 82)

Para llegar a tal fin, Husserl propone la *epoché* fenomenológica, la cual consiste en poner en suspenso aquellos fenómenos que se nos presentan, en separarlos de su marco de objetos, en radicalizar su observación siendo objeto de nuestra máxima atención, de manera tal que se eliminen los prejuicios, la ingenuidad con que se toma que lo que percibimos existe como dado, ya que al suspender ese fenómeno, se le quitan creencias al mundo. En la *epoché*, lo que se presenta no cambiará en absoluto, sino que cambiará la conciencia de quien la realiza, es decir, se trata de modificar no el objeto en sí, sino la forma por la cual el sujeto percibe al mundo, dejándolo frente a frente con su “ego puro”.

La utilidad de esta metodología en el asesoramiento filosófico es por demás trascendente, ya que en la primera etapa del trabajo el consultante debe lograr exponer su problema a resolver, su conflicto central para luego a partir de allí comenzar con la orientación. Para ello es necesario que en esta instancia inicial se puedan dejar de lado los prejuicios y las creencias lo más posible para hacer foco en aquello que nos interesa superar.

Ahora bien, así como Husserl no negó el mundo de la vida desarrollando el concepto de *Lebenswelt*, el orientador no debe olvidarse que está tratando con una persona humana, incorporada a la sociedad y que por tanto este momento inicial fenomenológico ha de complementarse con una reflexión que tenga en cuenta también las circunstancias y prácticas que atraviesan a los sujetos ya que un análisis contextualizado y pertinente a la persona que consulta será mucho más provechoso. Es en este punto pues que vemos a Cornelius Castoriadis como un autor relevante a la hora de llevar adelante esta reflexión.

Castoriadis, significaciones y autonomía

En cuanto a las categorías vertidas por este pensador contemporáneo, podemos afirmar que gran parte de ellas son aplicables a la disciplina que nos compete, pero hemos decidido acotar el espectro para no extender este trabajo a límites insospechados, aunque esto no significa en absoluto relegar rigurosidad a la hora de llevarlo a cabo.

Así pues, en primera instancia podemos encontrar en las categorías de “imaginario” y “significación imaginaria” dos conceptos claves que sirven para comprender cómo es que este sujeto que se nos presenta delante de nosotros es portador de ideas, intereses, valores, creencias, etc.

En resumidas cuentas, debemos ver a los individuos como un ser que además de ser biológico posee un imaginario, esto es, una capacidad mental con la fuerza suficiente para crear ideas, para otorgar sentido a las cosas que le rodean. Este producto se denominará “significación imaginaria”. Como se puede observar entonces, todo aquello que el ser humano le aporta al mundo es producto de su imaginario radical que es quien le da su especial capacidad de generar ideas que, a su vez, dotan de entidad aquello que ahora es.

De esta manera encontramos una teoría que otorga al individuo el poder de crear todo lo que hay a su alrededor, tanto así que se puede llegar afirmar que “ser es significar”, teoría que no sólo permitirá al asesor filosófico recuperar los orígenes de creencias que afectan a un consultante, si no además, comprender por qué se dan y cómo pueden modificarse.

Sin embargo, no es sólo esta cuestión de la comprensión la que se vuelve pertinente, si no que también la búsqueda de Castoriadis mediante sus teorías es la misma que la de la orientación: la autonomía. Concebir a un sujeto que es capaz de crearse a sí mismo es muy diferente que concebirlo determinado por lo histórico-social y el inconsciente. Como esta creación antes mencionada se da “desde la nada” (en la naturaleza no se encuentra el concepto de “gloria” por caso), el ser creador se puede ver condicionado pero no determinado, ya que el producto de este proceso será siempre novedoso.

De esta manera, la reflexión sobre las propias prácticas, sobre el contexto en el cual estamos inmersos y el reconocimiento de nuestra capacidad de generar *eidós* lleva necesariamente al reconocimiento de un ser autónomo que ha de recuperar esta condición ocultada por múltiples elementos como las publicidades, la enajenación del consumismo, los medios de comunicación, etc.

Conclusión

Lo que este trabajo ha pretendido hacer es, más que un análisis acabado, presentar brevemente esta disciplina que en nuestro país aún está en ciernes y, a su vez, elucidar posibles líneas de investigación, que no perjudiquen su faceta práctica si no que la hagan crecer desde la recuperación de conceptos filosóficos operantes que la doten de la suficiente seriedad a la hora de verse interpelada por sujetos reales con problemas reales.

Como hemos visto, se encuentra en un límite difuso que lo puede volver un producto más de las investigaciones universitarias que tienden al “encierro” académico, o, por escapar a ello, en un conjunto de teorías sueltas que hacen foco en el armado de un discurso vendible en detrimento de la construcción de bases sólidas sustentadas en categorías filosóficas que son las que, al fin y al cabo, permitirán dotar de herramientas conceptuales a los consultantes que desean superar sus malestares.

Bibliografía

- Barrientos Rastrojo, J. (2005). *Introducción al asesoramiento y a la orientación filosófica*. Tenerife: Ediciones Idea.
- Castoriadis, C. (2006) *Figuras de lo pensable*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Castoriadis, C. (2010) *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets
- Husserl, E., (1996). *Meditaciones cartesianas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Marinoff, L. (2009) *Más Platón y menos Prozac*. Barcelona: Zeta Ediciones.